

Paz sin paliativos

ANTONIO PRAENA Teólogo y poeta

Se me hace muy difícil estos días mirar siquiera la televisión. Tanta muerte destruye la imagen del mundo en el que había esperado vivir. Los atentados de Hamás y la respuesta del Estado de Israel nos deberían hacer mirar al fondo, a las raíces del mal, entre las que están la injusticia y la pobreza.

En la franja de Gaza, uno de los lugares más densamente poblados del mundo y donde, junto a la población musulmana, conviven numerosos cristianos, la pobreza es extrema. Las tierras de los palestinos son expropiadas, se incendian cosechas, los niños juegan reclusos tras rejas y alambradas, las escuelas y templos han sido silenciosamente arrasados. Este caldo de cultivo ha alimentado la abominable e infame actividad terrorista de Hamás.

La historia de las religiones nos recuerda que la violencia humana no es una herencia de Dios, reciba el nombre que reciba. No es reflejo de su imagen. La violencia es fruto del peor ejercicio de la libertad humana provocada por condiciones tan concretas como el hambre, la avaricia o la aspiración a la primacía, la más peligrosa de las cuales es la primacía sagrada.

Y, sin embargo, la respuesta unánime de todas las religiones que en el fondo hayan escu-

chado la voz de Yahveh, o de El Misericordioso, o de Jesucristo, tiene en la paz su anclaje más profundo en la conciencia de cualquier persona de buena voluntad, crea o no en Dios.

La literatura es eco de resonancia de esa conciencia común, religiosa o no.

Un Padre de la Iglesia muy desconocido, San Eugenio de Toledo, al que llamaban 'El poeta', recogía esta concordia entre la literatura y fe. Porque la poesía no puede consistir en decir cosas bonitas si no contribuye a la paz implicándose con la justicia, aunque deje mal al poeta: «El que desdeña la paz, lleno de furia perece. La paz es la vida del alma, la paz es la virtud, la paz es la curación, la paz es el orden de las cosas, la paz es el amor a la bondad. La paz es el verdadero reposo para los cansados de trabajar, la paz comporta cosas agradables, la paz atrae lo bueno. La paz detiene las contiendas, la paz abraza todas las alegrías, la paz rige los corazones piadosos, la paz ahuyenta todos los males».

Condono sin paliativos el abominable atentado de Hamás. Reconozco el derecho a la propia defensa del Estado de Israel apelando a sus propias raíces: la misericordia y la justicia, que resumen todos los mandamientos en uno solo.